

LA CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR Y LA ECOLOGÍA¹

La Contemplación para Alcanzar en la dinámica de los EE

Para situar la Contemplación para Alcanzar Amor - CAA - en el texto de los EE, podemos tener presente lo que se podríamos llamar la dinámica, el movimiento de los EE. Una *moción* presupone una representación espacial, donde sucede un movimiento; tiene un inicio, un medio y un fin. Una moción de consolación o de desolación es un movimiento que se produce en nosotros, que empieza, alcanza un punto medio y termina. Hace un recorrido.

La contemplación de los misterios de la vida de Cristo, está acompañada por una serie de mociones, de sentimientos de consolación o desolación, que quien los hace, ayudado por la persona que lo asesora, debe interpretar. En este recorrido se va configurando la experiencia de Dios. Así como la contemplación de los misterios de la vida de Cristo son un camino que lleva de la Encarnación a la Ascensión, los EE son también un camino que idealmente lleva de la moción a la misión.

La finalidad de la consolación y de la desolación es ayudarnos a percibir de qué manera los misterios de la vida de Cristo son para nosotros una iniciación, que nos va indicando por dónde debemos seguir caminando o cómo debemos corregir el rumbo.

La moción es un movimiento que pretende sacarme de mí, que quiere llevarme a algún lugar. La palabra que resume la consolación en las diferentes descripciones que san Ignacio hace de esa moción, es el amor. El amor, como lo entiende san Ignacio, por ejemplo, cuando habla de inflamar ("*el alma inflamada de amor a su Creador y Señor*"²), es un movimiento que me saca de mí mismo, una salida de mi propio amor, de mi propio querer, de mi propio interés. Movimiento que quiere implicar en el amor la totalidad de mí ser. Se trata de dejar que el amor venza el egoísmo, los apegos desordenados; también que yo no quiera más consolación que desolación, para que pueda así mismo abrazar en el amor a todos los demás seres y a la creación.

¹ Esta presentación podría también tener el título: "Conversaciones con el texto de Ulpiano Vásquez: - La Contemplación para Alcanzar Amor (publicado en portugués por Ediciones Loyola, de Sao Paulo, 2005), en clave de ecología y medio ambiente". Estos diálogos se iniciaron hace dos años, cuando empezaba el trabajo con la comisión que escribió "Sanar un Mundo Herido" (Promotio Iustitiae No. 116/2, 2011). Agradezco a Ulpiano por las inspiradoras conversaciones, profundizadas luego en la lectura y traducción de su documento. Me han impresionado la claridad y profundo conocimiento que Ulpiano tiene de la espiritualidad ignaciana y su facilidad para comunicarlo. Presento aquí en forma resumida, las partes del texto que más me ayudaron, primero en forma de lectura y luego de oración inevitable, a las que he hecho ampliaciones, retomando aportes de "Sanar un Mundo Herido", de las últimas dos Congregaciones Generales, y con mis propias reflexiones.

² EE 316

Para San Ignacio la moción no solamente es importante porque es agradable, sino porque en la medida en que es acción de Dios, muestra lo que puede llegar a ser la verdad de mi vida.

Si la consolación me saca de mí mismo y me lleva hacia el Señor, me prepara para lo que debe ser mi vida. Para que la salida no sea una ilusión, debe ser una salida hacia los otros y hacia el cuidado de la creación. Debemos evitar el peligro de convertir los asuntos ecológicos y medio ambientales, en algo bello, emocionante, para ser solamente disfrutados estéticamente, o abordados únicamente a nivel conceptual, sin llegar a hacer posible la vida querida, el bien vivir.

Así por ejemplo las sugerencias prácticas de “Sanar un mundo herido”³, si son guiadas por mociones, si son asumidas gracias a la dinámica que me saca de la indiferencia, incredulidad o escepticismo, por el impacto que creemos podrían tener nuestras acciones, nos muestran también en esos detalles, que podrían parecer insignificantes, nuestras posibilidades como co-creadores, como custodios de la creación.

La objetividad de la moción y qué la distingue de la emoción, se manifiesta en la misión. Cuando podemos mirar más la necesidad de los otros y de la creación que el propio deseo, transcendemos la satisfacción y nos ubicamos en la misión. En la medida en que la acción creadora de Dios y la vida redentora de Cristo no nos dejan indiferentes, en la medida en que la creación y la vida de Cristo son para mí una interpelación, se convierten para mí en una cuestión sobre mi propia vida.

En este camino aprendemos a interpretarnos, a comprender la lógica de la vida presente en la creación, a interpretar la vida de Dios Creador, Redentor y Santificador, en mi vida, asociándome a la tarea de la Trinidad. Al mismo tiempo en que las contemplamos, “*debemos empezar a investigar y a demandar en qué vida o estado quiere servirse de nosotros su Divina Majestad*”⁴ La pregunta anticipa la moción, que se concretará en la respuesta, y es en sí misma un don.

El que san Ignacio, ya en la mitad de la segunda semana⁵, nos proponga una elección de vida, punto central de los EE, nos muestra de una manera clara que los EE no son simplemente un curso sobre la creación y la vida de Jesucristo, sino un recorrido en el que, delante de la acción creadora de Dios y la vida de Jesús, tengo que ver aquello que debo escoger. Propiamente, la elección no es otra cosa que percibir y asumir aquello que Dios me da como contexto y como historia; aquello que Dios me presenta para mi libertad.

³ “Sanar un Mundo Herido”, Capítulo 6, páginas 54 a 56, en la edición de Promotio Iustitiae No. 116/2, en español.

⁴ EE 135. Significa que voy descubriendo lo que *Él coloca en mi voluntad*⁴. O voy descubriendo lo que *Él me da para escoger*.

⁵ EE 135.

Se trata del don que pedimos para poder avanzar en la dirección de aquello que le da pleno sentido a nuestra existencia, contribuyendo a construir caminos de reconciliación para todas las desavenencias, a superar todas las inequidades e injusticias; contribuir a que todos nuestros corazones se vayan llenando de Dios, única manera de contrarrestar el profundo vacío que está por detrás del apetito voraz de riqueza, poder y placer; desorden de sentido que hoy se expresa dramáticamente, tanto en los números y porcentajes de muerte, pobreza de millones de seres humanos, como en el deterioro del patrimonio natural y la extinción de especies y ecosistemas.

La interpretación de la vida lleva a una decisión de libertad, que no es simplemente una opción. La contemplación e interpretación de la creación y de la vida de Cristo en mi corazón, no puede dejar de llevarme a una decisión de vida, en la cual yo sienta que encontré la *“mejor manera de amarlo y seguirlo”*.

En la medida en que descubrimos lo que Dios coloca en nuestra voluntad, en ese momento podemos decir que escogemos. *“No fueron ustedes quienes me escogieron, fui yo quien los escogió”*⁶. Si no escuchamos este mensaje, nuestras opciones, por nobles que sean, por la paz, la justicia, el medio ambiente, durarán el tiempo que duren los análisis teóricos que nos llevaron a ellas, o lo que dure nuestra emoción.

San Ignacio espera, que en algún momento la persona que avanza en el recorrido de los EE sienta una relación directa con Dios. Esa relación directa de Dios con la persona, se manifiesta, en la visión de la CG 35, como moción, como invitación a establecer relaciones armónicas con el Creador, con los otros, especialmente con los más frágiles y con la creación, sobre todo allí en donde el cuidado de los otros y la conservación son más cruciales.

Esta es una de las principales novedades de la CG 35, en el tratamiento de la ecología, insertándola en el díptico fe y justicia, en el horizonte de la reconciliación: el establecimiento de una nueva relación con la creación debe ser entendido como consecuencia de nuestro compromiso de establecer una relación justa con Dios (compromiso con la fe) y con otros seres humanos (compromiso con la justicia).⁷

En la CAA san Ignacio nos invita a acallar los ruidos que pueden venir de nuestras propias palabras o de las palabras engañosas, de los falsos mensajes, para poder encontrar en nuestro interior el mensaje de todos los seres, y del Señor en todos los seres, en todas las criaturas. Podemos hacer este ejercicio con mayor facilidad y sentido en contacto estrecho con la naturaleza, tanto con sus paisajes más bellos, como en aquellos parajes declarados hoy zonas de desastre ambiental.

⁶ Jn 15, 16

⁷ Sanar un Mundo Herido, Nos. 38 y 39.

San Ignacio entiende esa acción inmediata de Dios como una acción de Dios en la creatura, y también como una acción de la creatura en Dios. Llama a esto *comunicación*. Lo fundamental es percibir que el modo como Ignacio presenta esta relación supone que no es solamente Dios quien me afecta, yo también afecto a Dios.

Por falsa humildad, pocas personas piensan que Dios pueda ser tocado, afectado por aquello que dicen, por lo que hacen y por lo que quieren. Se supone que no puede existir ningún tipo de relación afectiva con Dios; piensan que las relaciones afectivas son con personas como nosotros. La confusión también se puede derivar de una experiencia de pequeñez e insignificancia. ¿Cómo me va a amar Dios personal o particularmente si soy apenas un individuo en medio de miles de millones de seres humanos, existiendo en un momento fugaz en el horizonte de los miles de millones de años de la historia del universo? Aquí también se pueden originar malos usos de la libertad, los daños causados en el relacionamiento con los otros y con la naturaleza; o se pueden encontrar argumentos para ceder ante las tentaciones. “Soy tan insignificante que por mucho mal que haga, será siempre muy pequeño, y además a Dios no lo afecta”.

Para san Ignacio la relación con Dios es bidireccional: el Creador actúa en la creatura y la creatura en el Creador. Desde los primeros pasos de la revelación, Dios aparece como alguien que es afectado por la humanidad: Dios se alegra, se enfurece, se arrepiente. Dios es afectado por nuestro amor o por nuestra falta de amor. Amor o falta de amor a los otros, a los últimos y a la creación.

La finalidad de la CAA, el sentido de las palabras y las notas

La contemplación puede ser considerada, al mismo tiempo, como resumen de los EE y como la manera de encarar la vida después de ellos.

Contemplación: En el texto de la CAA, vamos a encontrar una forma de contemplar que corresponde un poco a la contemplación y un poco a la meditación.

Alcanzar: Cuando la gracia que se pide es muy importante, san Ignacio recomienda hacer un coloquio triple: un coloquio a Nuestra Señora, otro al Hijo y un tercero al Padre. “*El primer coloquio a Nuestra Señora, para que me alcance gracia de su Hijo para tres cosas...*”. Lo que se pide en la CAA es muy importante; se requieren todos los intercesores y de mucha gracia para alcanzar el amor.

Amor: palabra que san Ignacio utiliza poco en el texto de los EE. Aparece en las Anotaciones, al hablar del abrazo de Dios a la creatura y de la creatura al Creador, dice: “*abrazándola en su amor*”⁸. También habla del amor en las Reglas del discernimiento, como la característica fundamental de la consolación: “*todo*

⁸ EE 15.

*aumento de fe, esperanza y amor*⁹. En la regla de discernimiento en que identifica las causas de la desolación dice como última explicación que es “*para que verdaderamente sintamos y conozcamos internamente que no depende de nosotros, ni está en nosotros tener crecido amor...*” Todavía en las reglas de discernimiento, para hablar del amor, habla de la moción del alma por Dios, “*trayéndola toda en amor*”¹⁰.

La importancia del asunto es corroborada por las dos notas de la CAA, que podríamos llamar introductorias. Antes de hablar sobre cómo alcanzar el Amor, él dice: “*Primero, conviene advertir dos cosas*”¹¹. Ponga bien atención a dos cosas:

Las dos anotaciones de la CAA pueden ser vistas como un presupuesto para comprender lo que es el amor de Dios. Aquí está la experiencia que san Ignacio tiene del amor. También está hablando a partir de la comprensión del amor de Dios y de la fuerza que el amor de Dios nos da para amar.

La *primera* es que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras.

Sobre esta afirmación es posible que fácilmente estemos de acuerdo. Ahora en la práctica estamos lejos de la coherencia de Dios. La Biblia dice que Dios habla y hace. La palabra de Dios está acompañada de la acción.

Con frecuencia decimos demasiado de prisa que amamos a Dios, a los otros y a la creación, sin que muchas veces seamos plenamente conscientes de lo que eso significa. O cuando lo expresamos como promesa, no siempre estamos dispuestos a medir las consecuencias de esa afirmación. San Ignacio no dice: el amor se debe poner en las obras, y no en las palabras, dice *el amor se debe poner más en las obras que en las palabras*. Más no significa sólo, porque la palabra también es importante. Son muy importantes nuestras palabras de preocupación por el deterioro del medio ambiente, las palabras que leemos o escuchamos sobre los grandes desastres ambientales, sobre las consecuencias del cambio climático, como son importantes las palabras que decimos, leemos o escuchamos sobre la pobreza, la miseria, el despojo y la muerte.

En relación de estrecha comunión con todas las demás criaturas, podemos escuchar desde nuestro interior, desde nuestras propias entrañas, y no solamente con mediaciones analíticas y conceptuales, las realidades de la polución, la erosión, la contaminación de aguas, suelos y alimentos; la sobreexplotación de los recursos naturales, la ruptura de los equilibrios naturales y su manifestación en los desastres naturales; escuchar lo que nos dicen los millones de campesinos sin tierra, los desplazados por la violencia de la guerra y la inequidad de los modelos económicos; lo que nos dicen las actuales dimensiones sociales, económicas, políticas, culturales y ambientales de una civilización en crisis; escuchar la

⁹ EE 316.

¹⁰ EE 330.

¹¹ EE 230 y 231.

invitación que nos hacen la CG 34 y 35 a encontrar en el equilibrio ecológico y el uso sostenible y equitativo de los recursos mundiales, una expresión de justicia con todas las comunidades de la aldea global y con las futuras generaciones que heredarán lo que les dejemos; a volvernos a la “frontera” de la tierra, cada vez más degradada y saqueada, para con pasión por la justicia medioambiental, hallar al Espíritu de Dios que busca liberar a esta creación dolorida que nos pide espacio para vivir y respirar.¹²

No significa que no necesitemos de palabras para alimentar nuestro amor a Dios, a los otros, a la creación. Significa que son más importantes nuestras acciones de solidaridad con los pobres, especialmente con los más frágiles, y nuestras acciones de cuidado y restauración de la creación. Y sobre todo, significa que ponemos más el énfasis de nuestro amor a Dios en estas acciones de cuidado, ternura y solidaridad.

Como individuos, comunidades concretas, sociedades nacionales y como humanidad global, hemos acumulado una deuda social y ambiental enorme. En lo más profundo de nuestro ser, allí donde se encuentra lo mejor de nosotros mismos, experimentamos una profunda vergüenza, así nuestra habilidad para racionalizar y disculparnos muestre lo contrario. Cuántas veces hemos negado al Señor en la relación con los más frágiles y con la creación.

La CAA nos debe ayudar a responder, en las obras, la pregunta por el amor a los últimos y a la creación, no basados en el contundente escepticismo que puede derivar de la larga historia de relaciones inarmónicas entre los seres humanos y de las sociedades con la naturaleza, sino gracias a la sabiduría que nos viene del Señor, dotada de los mejores conocimientos, métodos e instrumentos. Debemos involucrarnos en esta tarea invitando a todas las ciencias para que la creación entera entone un himno de alabanza: que te alaben la economía y la ecología, la política y la sociología; la arquitectura y la ingeniería; la medicina, la agronomía y la biología...

La segunda nota es: *“El amor consiste en la comunicación de las dos partes”*. No hay amor sin reciprocidad. Ignacio llama a la reciprocidad comunicación. Comunicación en todos los niveles: del amado en relación al amante y del amante en relación al amado. Reciprocidad no significa igualdad. Puede existir amor entre dos personas que no son iguales. Como también puede haber reciprocidad entre una persona y la creación, a través de su contemplación, cuidado y restauración, asumida como una expresión del amor de Dios, de los beneficios de Creación.

San Ignacio dice que no existe amor donde no hay comunicación. Aún en el caso en el que la desigualdad es evidente, si la persona que tiene menos para comunicar no comunica nada, no habrá amor, habrá asistencia social, o cualquier otra cosa, pero no amor. Este es el sentido profundo de la participación y la democracia, inhibido por el autoritarismo, las democracias restringidas, el

¹² CG 34, D. 3, 9; CG 35 D 1, 24.

asistencialismo y el paternalismo. La democracia participativa debe estimular todas las potencialidades de cada ser humano, de tal manera que pueda expresar plenamente el amor en el cuidado de los otros y de la creación.

Los preámbulos de la CAA.

Los Pre-ámbulo pueden ser vistos como una especie de calentamiento, antes de empezar a andar en los EE, como un “pre-ambular”.

*El primer Preámbulo*¹³ es la *Composición de lugar*. Si la primera composición de lugar de los EE era verme a mí mismo exiliado, lejos del Padre, esta composición me trae al lugar extremo, me pone en la plenitud de los tiempos: “ver cómo me encuentro delante de Dios Nuestro Señor, de los ángeles y de los santos”. El sentido del tiempo que la contemplación supone, es que en la Creación se pudiera manifestar el Creador, que el Creador viniera a acampar en medio de nosotros. Es para poder percibir, a pesar de todos los límites, que en Cristo estamos ya “alcanzados por el amor”, que en Cristo nada nos falta, o que en Cristo la esperanza se realizó. Esto que es sentido en el primer preámbulo, san Ignacio lo transforma en petición en el segundo.

En el segundo *Preámbulo*, san Ignacio coloca la petición propia de esta CAA. Será aquí pedir “*conocimiento interno de tanto bien recibido para que yo, reconociendo enteramente, pueda en todo amar y servir a su Divina Majestad*”¹⁴ Se trata de un conocimiento que también es experiencia, que se profundiza al punto de ser un conocimiento interno, un conocimiento del corazón. En la lógica de la reciprocidad, no se detiene en el conocimiento de tanto bien recibido, lleva a la respuesta del amor: para que yo pueda en todo amar y servir. Para que yo, en la medida en que perciba y experimente cómo he sido amado, también quiera y pueda amar.

Nuestro amor podría así, nacer de un conocimiento que se vuelve reconocido y que, por la gracia de Dios, puede transformarse en amor y servicio, o en un amor que sirve, que cuida, que restaura las relaciones sociales rotas por la injusticia y restaura el medio ambiente depredado por la ambición y la pobreza. Para que no exista la posibilidad de interpretar el amor como sólo sentimiento, coloca juntos *amar y servir*, y *en todo*, lo que incluye a las víctimas de la injusticia y a la creación herida.

Es tal la confianza y el amor que Dios tiene en la humanidad que quiere que lo amemos y sirvamos también, en todo, en los seres humanos y la creación, especialmente en los pequeños y empobrecidos; en la creación devastada, contaminada. Ahora bien, para que esa petición sea eficaz, Dios debe ser para nosotros alguien concreto, que nos permite experimentar y conocer en el corazón cómo nos ama en tanto bien recibido; de lo contrario, nuestras acciones de

¹³ EE 232.

¹⁴ EE 233.

solidaridad, nuestro trabajo por la justicia social y ambiental muy fácilmente se desvirtúan, no encuentran el sentido y la motivación requeridos.

Un nuevo modelo de desarrollo debe posibilitar ver el verdadero rostro de Dios. “En todo amar y servir” significa hacer de las mediaciones sociales, políticas, económicas, culturales y ambientales rostros de Dios por Jesús. Rostros de verdad, bondad, vida, libertad, justicia, misericordia, ternura, perdón y reconciliación. En definitiva rostros de amor. Rostros sobretodo de los mediadores, de los instrumentos de ese amor, que en todo aman y sirven. Así se realiza la evangelización de toda acción, rescatada de todas las distorsiones provocadas por el egoísmo, y convertida en amor.

La CAA, inspirada en la mística de Ignacio, es una mística de la alegría en el mundo. Nos vamos constituyendo eternidad en el tiempo, a medida que vamos tejiendo las redes y conexiones, la trama de una vida nueva, motivada por el amor. Penetrar en su esencia hasta descubrir el amor de Dios Creador y Comunicador, inunda de sentido la vida ordinaria, los quehaceres económicos, ambientales, sociales, culturales, políticos y científicos.

La mística de la vida diaria se manifiesta en las numerosas experiencias bellas, buenas y agradables que marcan profundamente las existencias, aparentemente banales. En este amor de Dios Creador me voy descubriendo a mí mismo, mi verdad, mi proyecto, mi posibilidad. “Es a partir de la alianza con el Creador, hacia quien los seres humanos están continuamente llamados a volverse, desde donde cada uno es invitado a una profunda conversión personal en su relación con los otros y con la naturaleza.”¹⁵

Puesto que podemos encontrar y hallar a Dios en todas las cosas, existe una fe personal que ama el universo, la tierra, la naturaleza; una mística radical de la alegría por nuestra presencia en el mundo.

La creación de alternativas de vida y desarrollo que integren en su funcionamiento valores culturales, medioambientales y de justicia social¹⁶ exige rigor intelectual, más allá de la descripción detallada de los desafíos y las dificultades. Nos pide penetrarlos hasta el fondo para transformarlos y recrearlos pacientemente.

Primer punto

1er Punto: traer a la memoria. Se trata de “*traer a la memoria los beneficios recibidos*”. San Ignacio propone un orden: “*los beneficios recibidos de **creación**, redención y los dones particulares*”¹⁷

¹⁵ Juan Pablo II, Discurso al Seminario “La Ciencia para la Supervivencia y el Desarrollo Sostenible”, en la Academia Pontificia de las Ciencias, 12 de Marzo de 1999, n. 7

¹⁶ “Vivimos en un Mundo Roto. Reflexiones sobre Ecología. Promotio Iustitiae, No. 70, Abril de 1999, p. 17.

¹⁷ EE 234.

El recorrido de las cuatro semanas de los EE, ya desde el PF, ayuda a entendernos como creaturas. La contemplación de los misterios de la vida de Jesús, su muerte y resurrección, le añade al don de la existencia personal, articulada a la humanidad y al regalo maravilloso de la creación, la experiencia de la gracia de renacer, de ser redimido. Los dones particulares, además de todas las cualidades con las que hemos sido regalados, incluyen la santificación o el don del Espíritu Santo. Los dones recibidos de creación, redención y particulares, por la experiencia del amor recibido, *“ponderado con mucho amor”*, hacen que mi afecto, mi capacidad de ser tocado, de ser movido, me coloquen en la dinámica de la co-creación, la co-redención y la co-santificación.

“Considerar cuanto Dios nuestro Señor ha hecho por mí y cuanto me ha dado de aquello que tiene”. El amor es comunicación de aquello que se tiene. Dios no sólo me regaló la existencia. Dios no sólo me retomó, cuando me perdí de mí mismo, sino que en ese doble don que es la Redención, lo que Él quiere es darse a mí.

En la CAA, san Ignacio desea que nosotros, reconociéndonos creaturas redimidas y santificadas, podamos reconocer lo que el Padre hizo, lo que el Hijo nos dio y lo que, por medio del Espíritu Santo, Dios o la Trinidad quiere hacer, que es: *“darse a nosotros”*, en palabras de Pablo, *“habitar en nosotros”*.

San Ignacio ve una diferencia, entre ofrecer y dar, donde hay un progreso. Hay una diferencia entre dar algo y darse o entregarse. Este es el lugar específico de la oración *“Tomad Señor y recibid...”* Es la respuesta humana a los dones de Dios, y sobre todo, al Don que Dios hace de sí mismo. En la lógica de la reciprocidad la respuesta no es sólo ofrecer a Dios lo que tengo, sino ofrecerme. Veamos los detalles de la oración.

Tomad, Señor, y recibid...: Así como distingue entre ofrecer y dar, aquí también hace la distinción entre tomar y recibir como si fueran dos tiempos de un mismo movimiento.

Cuando el amor tiene que ser expresado en palabras, debe ser dicho con mucho cuidado, para no prometer más de lo que se va a cumplir. La reciprocidad auténtica es profundamente respetuosa.

La libertad aquí significa todo lo que soy; todo aquello que, en primer lugar, quiero como más significativo entregar a Dios. De hecho entregar la libertad es una locura porque entrego lo que tengo y también la posibilidad de tener; entrego mi posibilidad de querer. Es claro que sólo quien cree en la libertad, quien lucha por ser libre, es quien puede entregarla.

Tanto la intimidad de Dios con el ser humano, como la intimidad del ser humano con Dios aquí están mucho más explícitas. La CAA expone mucho mejor el fin que menciona el PF: *“Todas las cosas sobre la faz de la tierra son creadas para el hombre, para que lo ayuden en la consecución de su fin”*. Esa explicitación mayor

supone también en el hombre una capacidad, una experiencia que es presupuesta en la oración del *Tomad Señor y recibid*. ¿Qué experiencias espirituales están presupuestas para poder hacer esa oración de entrega ilimitada a Dios?

Para responder a esa pregunta sería útil que cada uno de nosotros se acordara de todo lo que, en su historia personal, se resiste a esa entrega, todo lo que hace que hayamos experimentado quedar delante de Dios, invadidos por el miedo, o nos quedemos encerrados por la soberbia o por cualquier otra razón que nos impide amar.

Lo que nos impide entregar nuestra vida a Dios de la manera como Él se entrega a nosotros muchas veces, tiene su origen en la ignorancia o en la falta de reconocimiento de lo que Dios ha hecho por nosotros, regalándonos la vida, a los otros y a la creación; y por tanto, no tenemos libertad, coraje para intentar por parte nuestra, corresponder a esa acción de Dios con la entrega de nuestra vida en la construcción de relaciones armónicas con Él, con los otros y con la creación.

Recibimos el don de la existencia en un momento preciso del tiempo y en un lugar del universo, como expresión del amor de Dios. Con este don recibimos también, y esto es impresionante, conmovedor, la posibilidad de estar en comunión con la totalidad del tiempo y del universo: “Antes de que te formaras dentro del vientre de tu madre...”¹⁸

Cada uno de los puntos de la CAA está escrito y estructurado para corresponder al amor como comunicación. En cada punto, se trata de ver el fundamento de la reciprocidad en la entrega y en el don. No se puede reducir la CAA a una contemplación de la naturaleza en sus aspectos más bonitos, a una contemplación paisajística. Estos ejercicios, que pueden hacer parte de la experiencia espiritual, deberían ayudarnos a agradecer el don de la creación, siempre y cuando nos lleven a las tareas de la redención y la de la santificación, las que incluyen la reconciliación con los otros y con la creación.

Centrar la fundamentación teológica del trabajo por la ecología y el medio ambiente en la creación (Padre), lo vuelve añoranza de un mundo perdido. Para que sea integral y nos lleve a una misión restauradora, se debe hacer en el horizonte de una estructura trinitaria; se debe incluir la redención (Hijo) y la santificación (E.S.).

La contemplación para alcanzar amor y los gemidos de la creación

La plenitud de los tiempos significa que la muerte y resurrección de Jesucristo y el don del Espíritu Santo, realizaron un cambio fundamental en el ser humano y el mundo. Ahora solamente falta que aquello que se realizó en Cristo sea realizado en nosotros.

¹⁸ Jeremías 1,5.

La plenitud de los tiempos es, por lo tanto, un cambio substancial en toda la realidad, gracias al Resucitado, sin ignorar que esa realidad está aún, como diría Pablo, en “dolores de parto”, porque la Creación aún está ansiosa y gime en dolores de parto, esperando la manifestación de la libertad de los hijos de Dios.

“Los gemidos de la creación, que se hacen más y más audibles a medida que la naturaleza es destrozada, nos mueven a adoptar estilos de vida más sencillos. En el cumplimiento de esta tarea nos sentimos inspirados por mucha gente del mundo entero que desea crear un mundo nuevo, basado en una relación justa con la creación”.¹⁹

La CAA también supone que el “Creador crucificado” rehace la creación y nos permite mirar la realidad de un modo en el que aún puede existir la esperanza, somos capaces de agradecer, de conmovernos y de reconocer el don y la gracia del Señor. No como si no existieran desgracias, sino porque somos capaces de ver más allá de ellas.

No se trata apenas de ver los dones de Dios, sino también lo que yo – delante de ese don de Dios, no sólo de las cosas, de mi existencia -, debo ofrecerme a mí mismo con lo que tengo y soy.

Segundo punto

Traer a la memoria todos los dones recibidos nos permite “*Mirar cómo Dios habita en las creaturas, en los elementos, dando el ser*”.

En principio la CAA podría y debería ser hecha en cualquier lugar, en cualquier situación, en los barrios marginales, en las periferias, en las fronteras, en cualquier sitio, porque se trata de ver las cosas desde el punto de vista de la Redención. Cuando vemos todo como si fuera perfecto y realizado en sí mismo, o imperfecto e injusto, sin proponer alternativas, acabamos ignorando el punto de vista de la Redención. Peligro de las miradas diagnóstica y analítica que no integran el camino a seguir con sus miradas estratégica y operativa, fundamentales para poder poner el amor más en la obras que en las palabras.

Existe pues el peligro de reducir la CAA a la admiración de la belleza del mundo, de la cual todos necesitamos, o a la descripción de los problemas ambientales. Y reducir la CAA a ver a Dios presente sólo en las cosas bonitas, o en el sufrimiento de la creación, es privarnos de ver, proponer e implementar la forma como las cosas pueden tornarse bellas, justas. Por eso es también importante hacer la CAA en contextos en los que no hay belleza, en donde hay injusticia, pobreza, deterioro del medio ambiente, para ayudarnos a descubrir belleza, donde creemos que no existe y sobre todo el llamado a contribuir para que se tornen justas, bellas.

¹⁹ Sanar un Mundo Herido, No. 69.

Hoy más que nunca necesitamos reconocer a Cristo en el sufrimiento y en los lugares sin belleza, tanto en la profundidad de las cosas como en la Pascua, reconciliando la creación a través de su persona y renovando la Tierra. El ver a Dios en todas las cosas” nos llama a una relación mística con la creación entera.²⁰

Si rezamos de nuevo el *Tomad Señor y recibid*, debemos rezarlo como quien sabe que es templo del Señor, que el mundo es templo del Señor, que el mundo está lleno de Dios. Ahora bien, el que Dios habite en el mundo, que Dios sea el ecólogo, en el sentido más profundo, la razón de la casa, no significa que Dios se confunda con el mundo. El Dios de la Biblia, siempre es alguien que se comunica. Y para comunicarse Él es Él y nosotros somos nosotros. Nunca hay fusión ni confusión.

Si el ideal fuera confundirme con Dios se desharían los límites, acabarían las fronteras. Si en la misión el ideal fuera la fusión con los otros o con la creación, si nos confundiéramos, desapareciéramos en Dios, en los otros, en la creación, acabaría la relación. Se trata de una relación como la de la Trinidad, donde no puede existir amor mayor, y donde al mismo tiempo la identidad y diferencia de cada persona no puede ser mayor.

El recorrido de los EE permite percibir que la relación con Dios revela nuestra realidad, consiguiendo mirar en el fondo de la misma, donde nos encontramos a nosotros mismos, con un camino por delante, y antes de nosotros mismos, la presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, fundamentando todo lo que somos, invitándonos y posibilitando avanzar por ese camino.

Tercer punto

El tercer punto es considerado por los estudiosos como uno de los más controversiales. Dice: “*Considerar cómo Dios trabaja y labora*”.

En el lenguaje ignaciano, la palabra *trabajo* está siempre relacionada con cierto sufrimiento. San Ignacio quiere que veamos la acción del propio Dios en todos los quehaceres del mundo, en todo aquello que en el mundo está en trabajo, o incompleto, que se está haciendo. Dios, para San Ignacio, o sea, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, es trabajador. La presencia de Dios en el mundo es laboriosa.

Si debemos ver la habitación de Dios en el mundo, no podemos colocarla solamente en lo que está aparentemente listo, realizado, debemos verla también en lo que está en camino, en lo que se está haciendo, en lo que está doliendo, en lo que está sufriendo, en lo que está deteriorado, erosionado, contaminado.

El modo como Dios se revela en el Hijo es que “*no se apegó a su condición divina, sino que se aniquila, haciéndose hombre y tomando la forma de esclavo*”. Lo que sucede con el Hijo, de alguna manera sucede con el Padre y con el Espíritu Santo.

²⁰ Sanar un Mundo Herido No. 7.

La manera como en este punto san Ignacio quiere que contemplemos a Dios, nos obliga a revisar nuestro modo de entender el trabajo y el sufrimiento como una imperfección, porque vemos que Dios acoge en sí el sufrimiento, el trabajo. Acoge en sí y se revela por medio de eso.

La respuesta a la comunicación de un Dios que trabaja, será una renovación de todas las entregas y sacrificios en que nos ofrecemos con Cristo, para trabajar en la pena, en el sufrimiento, en el hambre, en la sed, en la humildad. Para que nuestra solidaridad con las víctimas de la injusticia y con la creación deteriorada pueda ser eficaz, se requiere un esfuerzo gigantesco por diseñar e implementar alternativas de sociedad, que incluyan nuevas expresiones económicas, nuevas relaciones con el medio ambiente. Y este esfuerzo, más exigente que el del análisis diagnóstico, implica trabajo abnegado, sufrimiento, adicional al sufrimiento que pueda provenir de la incomprensión o persecución por haber tomado esta opción, por habernos dejado guiar por la moción.

Pero no sólo se trata de ofrecer mi sufrimiento y mi trabajo, sino a mí mismo como colaborador en los trabajos de Dios – del Padre que trabaja siempre, del Hijo que en su cuerpo continúa trabajando y sufriendo, del Espíritu que gime en una creación que está sometida a la vanidad. “Siguiendo la indicación de Ignacio de que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras, hemos de ofrecernos a nosotros mismos con gran generosidad para sanar nuestra relación con la creación”.²¹

Uno de los peligros que tenemos cuando nos enfrentamos a desafíos enormes, como los de la justicia social y los ambientales, o los ignoramos, es convertir la espiritualidad en un refugio o modo de fuga. Pero, si Dios trabaja, si Dios sufre, esa fuga no es del mundo, es de Dios. Al querer huir del mundo, en realidad estamos apartándonos de Dios o creando un Dios que es una proyección de nuestra perplejidad, de nuestro escepticismo, y en el fondo de nuestro desamor. Estrechez de un corazón que no logra conectarse a los sufrimientos del mundo, o al que no le importan el dolor de los otros, ni las heridas de nuestro mundo roto; que no se siente alcanzado por todo aquello que, en la Creación de Dios, está sometido al poder de destrucción.

“Profundizar en nuestra experiencia de fe en el don de la vida que procede de un Dios creador, nos demanda un cambio en la manera de responder a la urgente tarea de la reconciliación con la creación. La creación, don del Dios de la vida, se ha convertido hoy en un bien material, explotable y comercializable.

La profundidad espiritual de la comunión con la naturaleza queda desterrada de nuestra experiencia por un exceso de racionalidad; si queremos responder a las preguntas más agudas de las mujeres y los hombres de nuestro tiempo, estamos obligados a profundizar e intensificar la comunión con la creación”.²²

²¹ Sanar un Mundo Herido, No. 48

²² Sanar un Mundo Herido, Nos. 5 y 6

Cuarto punto

La visión evolutiva del mundo y del cristianismo de Teilhard de Chardin está influenciada por los EE. La visión que él tiene del mundo, que sale de Dios y vuelve a Dios, está ciertamente marcada por la CAA. Esta contemplación quiere poner la gracia de Dios, que es como una luz que en todo momento nos ilumina, o la entrega de sí mismo que Dios hace a la humanidad, como una fuente de la cual vienen todas las aguas.

Conclusión: la Contemplación acontece en la acción restauradora

Puede existir contemplación en la acción, en la medida que percibo que quien actúa, quien trabaja en el mundo, en todos los niveles del mundo, es el propio Dios, y quiero ser su colaborador. Contemplativo en la acción y contemplativo en la acción de Dios Creador, Redentor, Santificador, que siento, experimento y que me llama a colaborar con Él, porque allí el trabajo es una abnegación.

La acción, o ese tipo de acción, sólo es posible viviendo en contemplación. Y la contemplación, para ser verdadera, tiene que acontecer en la acción. En primer lugar en la acción de Dios en el mundo. Colaborar con Dios es encontrarlo donde Él quiere ser encontrado.

“Amar a Dios en todas las cosas y todas las cosas en Dios”. Para san Ignacio, no hay amor de Dios que no sea también amor a todas las cosas, no hay un absoluto sin mundo, ni mundo sin Dios. El amor a todas las cosas solamente tiene fundamento, sólo es real en Dios. Se trata de juntar los dos caminos: *el camino que va de las cosas a Dios, y el camino que desciende de Dios a las cosas.* Oscilamos amando, a veces, las realidades de este mundo, o las personas, sin Dios y, como esto normalmente lleva a decepciones, un día de estos vamos a querer amar a Dios sin nadie o sin la creación.

Una vez más, esa relación directa de Dios con la persona, se manifiesta, en la visión de la CG 35, como moción, como invitación a establecer relaciones armónicas con el Creador, con los otros, especialmente con los más frágiles y con la creación, especialmente allí en donde el cuidado de los otros y la conservación son más cruciales.